



4

VÍCTOR SANZ SANTACRUZ

*Director Biblioteca
Universidad de Navarra*

La red de Bibliotecas de la Iglesia: un proyecto viable y necesario

I. Introducción: propósito y objetivos

El objetivo de mi intervención es proponer un proyecto ambicioso que considero realizable, lo cual no significa que sea sencillo; pienso, sin embargo, que no es imposible y que merece la pena acometer. Reconozco de antemano que carezco de la necesaria autoridad para hablar con un adecuado conocimiento de causa, pero me anima a hacerlo el hecho de que aportar una nueva perspectiva, venida desde fuera, puede contribuir a un enfoque distinto de la situación, que suscite nuevas posibilidades y abra vías prometedoras, o aliente iniciativas ya existentes, que se ven así confirmadas y reciben el ánimo necesario para continuar. En todo caso, expondré lo que en alguna ocasión he pensado sobre este proyecto. No pretendo que sea la única ni la mejor solución, ni es tampoco mi propósito exponerlo pormenorizadamente en todos sus detalles, pero sí desearía que, al menos, sea susceptible de un examen más detenido.

Estoy convencido, por otra parte, de que en el diseño, desarrollo y gestión de cualquier proyecto, las principales dificultades, por lo general, no son tanto externas, cuanto internas, y estas son las que me gustaría ayudar a remover. También es verdad que son las más difíciles de vencer, por diversas razones que se apo-

yan en la casi inagotable capacidad del ser humano para encontrar e idear excusas que le tranquilicen y le confirmen en su inmovilismo inicial, en su innata resistencia al cambio. Pero no es menos cierto que hay otra tendencia en el hombre, como ser que vive de proyectos, que le orienta y dirige hacia el futuro: no se puede vivir sólo del pasado, lamentándose de la situación a la que se ha llegado, o haciendo hincapié en los inconvenientes y problemas del momento presente. Quien se comporta así, en el fondo, o tiene miedo al futuro y por tanto renuncia a afrontarlo, o pesa demasiado en él la tradición, la inercia, hasta llegar a asfixiarlo. En el mundo de la gestión empresarial se repite hasta la saciedad, porque es una gran verdad, la idea de que donde hay amenazas y problemas, se encuentran las oportunidades. Quien sólo ve las propias debilidades y las dificultades a las que debe enfrentarse, contempla la mitad vacía del vaso y su observación de la realidad está desenfocada: resulta sencillamente falsa. La autoestima, un valor muy apreciado hoy día, quizá porque se considera menos difundido de lo que sería deseable, no es sólo una dimensión personal, sino que afecta también a las instituciones y a la imagen que de ellas proyectan sus miembros, así como sus responsables y representantes. Para emprender proyectos ambiciosos es preciso una buena dosis de autoestima. Y, al revés, quien no acomete tales proyectos, deja ver un



preocupante déficit de autoestima, ya sea individual o colectiva.

Como sabemos por propia experiencia, sólo se logra aquello que se ha emprendido con convicción y empeño. Si lo primero que nos viene a la cabeza cuando se nos plantea una empresa, del tipo que sea, son los problemas de difícil resolución, los obstáculos insalvables, las dificultades de todo tipo, confirmadas por las negativas experiencias del pasado, y no hacemos nada por superar esa actitud, mejor es abandonar ese proyecto. Sólo quien cree en lo que emprende está en condiciones de llevarlo a cabo, con todas las modificaciones, reformas y ajustes que sean necesarios y que la realidad vaya aconsejando. Por eso tiene especial interés, a la hora de acometer un proyecto, definir bien sus términos y asentarlos sobre bases sólidas. De lo contrario, está destinado al fracaso y la experiencia de fracasos anteriores es un comprensible freno que complica plantearse nuevos retos. Si, en cambio, se define en términos adecuados, puede ocurrir que su realización siga pareciendo alejada de nuestras posibilidades, pero se está de acuerdo al menos en que se trata de un buen proyecto, y esto ya es mucho. La idea es buena, pensamos, lástima que no dispongamos de los medios. Esta actitud, que parece una pírrica victoria o un compasivo y estéril consuelo, puede sin embargo constituir la clave, el punto de apoyo para ponerse a trabajar con la convicción necesaria y obtener los medios que hagan falta.

II. Puntos de partida

De ahí que sea tan importante el punto de partida y el acuerdo sobre el mismo. En el caso que nos ocupa, un primer punto de partida es la realidad, innegable, de la existencia de un riquísimo fondo bibliográfico que, desde hace

siglos, se aloja en las bibliotecas de los seminarios, catedrales y otros centros diocesanos. Los avatares de la Historia –desde los rigores del clima, pasando por las guerras, el pillaje, la desamortización, hasta la incuria y la ignorancia– han dañado muchos de esos fondos, a veces de modo irreparable, o sencillamente los han usurpado a sus legítimos propietarios, pero no han logrado su completa desaparición. En otros ámbitos de la cultura y del arte ha habido pérdidas similares, o incluso mayores, y observamos sin embargo que hoy día no pocas vuelven a brillar gracias a la gran tarea de restauración y conservación emprendida. No cabe duda de que el libro es un material muy frágil y maleable, cuya reutilización en muchos casos implica su pérdida, pero no tiene mucho sentido dedicarnos solo al lamento de lo que se desearía que no hubiera ocurrido. Hemos de trabajar para evitar que eso vuelva a suceder, poniendo los medios necesarios y contando con lo que aún existe y se conserva en condiciones más o menos precarias.

Un segundo aspecto, en el que creo que también se estará de acuerdo, es en las inmensas posibilidades, impensables hace tan sólo unos años, que las nuevas tecnologías aplicadas a la información y la documentación han traído consigo. Si se quiere encontrar un buen ejemplo de la tan citada y repetida globalización, lo tenemos en la biblioteca global, mundial, universal o como se quiera llamar. Hoy día es posible no sólo localizar la ubicación de un título en el catálogo en línea de cualquier biblioteca del mundo, sino que se puede incluso acceder al contenido de miles y miles de libros a través de Internet. Piénsese en el monumental proyecto de digitalización emprendido por Google, y en los numerosos proyectos en el que muchas instituciones se han embarcado desde hace años. ¿Quién no se ha llevado una grata sorpresa al teclear en



Internet el título de una obra buscada en vano durante mucho tiempo y dar con el texto completo, sin moverse de su casa? La realidad de lo virtual, valga la paradoja, es algo cercano, cotidiano, que incide en nuestro modo de vivir y abre posibilidades insospechadas. Lo que hace unos años podría resultar muy costoso y complicado –por ejemplo, el proyecto al que aquí me refiero–, hoy resulta mucho más sencillo y económico, asequible y al alcance de cualquiera. Lo cual no significa, desde luego, que pueda salir solo o que no requiera una buena estrategia y una adecuada gestión.

Paso ahora al tercer elemento del punto de partida. Lo voy a presentar mediante una pregunta: ¿a quién se le oculta el interés que tiene para la Iglesia como institución y para todos sus miembros dar a conocer y hacer accesible a la sociedad el riquísimo caudal bibliográfico que posee? ¿Qué nos enseña el magnífico proyecto de «Las Edades del Hombre», que con aplauso generalizado pusieron en marcha hace ya años las diócesis de Castilla y León y que ha sido imitado a diversa escala en muchos otros sitios? Es, desde luego, una cuestión de prestigio, pero se trata de un prestigio que no es simple resultado de un *marketing* muy sofisticado, con su correspondiente coste económico, sino que se apoya en una realidad sólida y tangible que permite que entre por los ojos la imagen de la Iglesia creadora y conservadora de cultura, depositaria de un patrimonio cultural envidiable. Una Iglesia que ha tenido en su seno miembros de gran altura intelectual, que han valorado y practicado el trabajo artístico, científico e investigador a un altísimo nivel y han contribuido así de manera decisiva al progreso de la sociedad en la que vivían y a la que se sentían orgullosos

de pertenecer. Se transmite de este modo la imagen –que responde a la realidad– de una Iglesia enraizada en la sociedad y promotora de cultura, consciente de su insustituible aportación, que es atestiguada con hechos y realidades patentes y no es simple expresión de una obligada y manida retórica. Al mismo tiempo, aparece la Iglesia como una institución abierta, que pone a disposición de todos su patrimonio artístico y cultura, que forma parte de su identidad misma, pues, en palabras de Juan Pablo II, «una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida»¹. Descuidar ese patrimonio transmitiría, por el contrario, la impresión de una institución vieja y desencantada, dominada por la dejadez y la incuria, o anclada en una pretérita edad de oro. En suma, una institución que se refugia en la nostalgia, que es un modo incómodo y poco práctico de vivir, en cuanto que es más bien un sobrevivir a duras penas. El reto es importante y la responsabilidad también lo es. Lo peculiar del caso es que, como en tantas otras cosas, no actuar es ya un modo (negativo) de actuar.

En resumen, y sin afán alguno de exhaustividad, el proyecto que propongo se apoya en una realidad existente y sólida, se beneficia de unas condiciones tecnológicas que lo hacen posible y que no se han dado hasta época muy reciente, y obedece a un interés que está fuera de toda duda. Se puede decir que ese interés es permanente, pues se ha dado, o debería haberse dado, en todas las épocas, pero es muy cierto que en las circunstancias actuales adquiere especial importancia, porque puede contribuir a que se disuelva una leyenda, o al menos una imagen negativa, que es sencillamente injusta.

¹ Carta de fundación del Consejo Pontificio de la Cultura, del 20 de mayo de 1982: cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 6 de junio de 1982, 19.



III. Breve descripción del proyecto

¿En qué consiste exactamente ese proyecto? Como señalé al principio, no es mi objetivo detenerme en descripciones técnicas, por lo que me limitaré a una presentación o descripción general del mismo. En el título de mi intervención aparece claramente indicado que el proyecto consiste en crear una red de Bibliotecas de la Iglesia. Más adelante sugeriré algunas pautas acerca de qué bibliotecas, en mi opinión, podrían integrar esa red, al menos en el momento inicial de su creación. Ahora expondré de modo muy sintético cómo lo concibo. En esencia, se trata de compartir un mismo sistema de gestión bibliotecaria, instalado en un servidor central, que permita disponer de un catálogo colectivo y de una interfaz personalizada para cada institución que lo desee. La ventaja de la propuesta es que se adquiere un único sistema de gestión, con el considerable ahorro económico que ello supone. Otro beneficio es la unidad y evidente refuerzo que adquiere un conjunto de fondos muy dispersos y a veces dispares que, tomados por separado tienen un valor limitado, pero que formando parte de un único catálogo contribuyen a que este adquiera peso y relieve y ocupe un lugar destacado en el panorama nacional e internacional.

Este procedimiento tiene un coste reducido y sin duda será de interés para algunas bibliotecas o instituciones que, por su tamaño, valor y singularidad de sus fondos, presencia pública en su entorno, tradición, etc., deseen mantener su identidad y dispongan de personal adecuado. Téngase en cuenta que de este modo no solo se mantiene la identidad propia, sino que se potencia merced a la enorme repercusión que supone la presencia en Internet. Las cata-

logaciones que se realizan desde cada biblioteca alimentan la base de datos común, lo cual facilita la catalogación por copia. También se podrían establecer políticas cooperativas en otros ámbitos, como préstamo, desarrollo de la colección, etc., proporcionando así mayor consistencia y valor al proyecto.

La decisión sobre dónde alojar el servidor, qué institución o instituciones se encargarían de coordinar y dirigir el proyecto, de establecer las pautas y plazos, así como de fijar los criterios de actuación y de orientar, encauzar y resolver los problemas técnicos que vayan surgiendo es, lógicamente, un asunto que debe abordarse al principio, pero que queda fuera de una simple propuesta como esta, que no es más que una declaración de intenciones, una idea que pongo sobre la mesa sin otra finalidad que facilitar que alguien la haga suya, si le parece viable y merecedora de atención. También queda fuera de la propuesta la solución que se adopte para buscar una fórmula adecuada que proporcione respaldo legal, y que puede resultar de interés para disponer de una personalidad jurídica que permita acogerse a convocatorias oficiales de subvenciones y ayudas.

Hasta aquí he tratado de exponer algunos de los motivos que, a mi juicio, aconsejan emprender el proyecto de una red de Bibliotecas de la Iglesia, con la denominación que se prefiera, y he descrito a grandes rasgos, y sin grandes explicaciones técnicas, en qué consiste. He señalado más atrás que considerarlo viable y realizable es un paso ineludible, pero no suficiente para llevarlo a cabo. El deseo, el interés y la voluntad de sacar algo adelante no eximen de una buena proyección y organización. Si esto falta, de poco sirve aquello. Debo aclarar una vez más que, dado el carácter de mi intervención, no me he fijado como objeti-



vo diseñar un plan –serán otros quienes tendrán que hacerlo–, sino animar y hacer ver que es posible y muy conveniente: «necesario» reza el título (que no he elegido yo) de esta ponencia. Considero, sin embargo, que no debo limitarme a advertir, de modo genérico, la conveniencia de organizar adecuadamente el proyecto. Sería demasiado descomprometido por mi parte, y no me parece justo. Creo que se pueden dar algunas pautas y a ello voy a dedicar la última parte de mi intervención.

IV. Algunas pautas y consideraciones

En primer lugar, es muy conveniente que las bibliotecas que formen parte de este proyecto posean características semejantes, es decir que haya una **homogeneidad** entre ellas. No me refiero sólo y principalmente a su titularidad, o a que obedezcan a un modelo organizativo similar, sino, por un lado, a la homogeneidad de su fondo bibliográfico, con una coincidencia temática grande, en la que destacará –en muchos o en la mayoría de los casos– una fuerte presencia de un valioso fondo antiguo que es preciso preservar y dar a conocer, porque forma parte del patrimonio artístico y científico de la Iglesia, y requiere además dedicación y cuidados especiales. Por otro lado, la semejanza que se debe buscar entre las bibliotecas que se integren en el proyecto, al menos en un primer momento, ha de extenderse también a la tipología de biblioteca de que se trate, que en muchos casos viene determinada por el tipo de usuarios al que se dirige. Pienso, por ejemplo, en las bibliotecas de seminarios o de centros teológicos, que tienen unas necesidades y características diferentes a las bibliotecas diocesanas o capitulares o a las bibliotecas de los museos o de otros centros

especializados, con independencia de que muchas de ellas posean quizá un buen fondo antiguo. Hay también otras razones que pueden aconsejar incluir inicialmente unas u otras bibliotecas en una red, como puede ser el riesgo de deterioro o pérdida del fondo bibliográfico, ya sea por su valor, o por el abandono en que se encuentra, debido a la falta de personal bibliotecario que pueda ocuparse de él. La existencia de una homogeneidad entre las bibliotecas integrantes del proyecto tiene también la ventaja de que, al no haber grandes diferencias en cuanto a los medios de que disponen y al tamaño de las instituciones que colaboran, se evita la tendencia natural a que sean las más grandes y dotadas las que llevan todo el peso, impidiendo así que las más pequeñas se desarrollen efectivamente y adopten una actitud pasiva y carente de iniciativa, que al final no hará sino perjudicarlas.

No cabe duda de que un proyecto como este sólo podrá salir adelante si se apoya en una eficaz **cooperación**. Este es uno de los términos más repetidos en el mundo bibliotecario, especialmente desde que comenzó la gran revolución tecnológica a la que estamos asistiendo. Tengo, no obstante, la impresión de que la cooperación bibliotecaria es en muchos casos menos intensa y fluida de lo que sería deseable. Hablar de cooperación implica, por un lado, adentrarse en el complejo entramado de las relaciones humanas, con su innegable riqueza, y también, como es patente, con sus miserias y mezquindades. Se suele decir que muchos proyectos comunes emprendidos que no logran el éxito deseado no fracasan por la complicación de la infraestructura tecnológica que requieren, o por la dificultad de obtener la financiación necesaria, sino por los problemas que las personas tantas veces tenemos para entendernos y ponernos de acuerdo. La cooperación implica una relación intensa, con sus



incomprensiones, sus roces, las inevitables cesiones y los difíciles equilibrios, la adaptación a las necesidades ajenas y a los variados ritmos y posibilidades de que cada cual dispone de acuerdo con sus circunstancias, el reparto –a veces desigual– de tareas, competencias y medios financieros, el acuerdo en el modo de dirigir, organizar, tomar decisiones, etc. Lo más cómodo, aparentemente, es que todo siga igual y cada cual se dedique a lo suyo, abandonando todo intento de emprender algo cooperativamente, pero así, no sólo se duplican esfuerzos, se repiten rutinariamente las mismas tareas y, a fin de cuentas, se obtiene menos rendimiento a los siempre escasos medios económicos, sino que se acaba cayendo en una esterilidad que paraliza y sume en el marasmo. No hay que ser ingenuos y pensar que cooperar es algo sencillo, pero sí hay que ser ambiciosos y proponerse hacerlo sin obviar las dificultades y con la disposición a afrontarlas con una firmeza y tenacidad que permitirá superarlas.

Un tercer aspecto que me parece imprescindible es la **profesionalidad**. Quiero decir con esto que, en mi opinión, para que un proyecto así pueda salir adelante hay que contar con personal bibliotecario especializado. El «amateurismo» no es, por lo general, bien visto, pero no se trata sólo ni principalmente de una cuestión de imagen o de corporativismo, sino que, a fin de cuentas, resulta ineficaz y anti-económico. Quien mejor sabe catalogar y clasificar los fondos de una biblioteca no es el usuario que más la visita y consulta y que más familiarizado está con sus fondos, ni el investigador más brillante, o más sesudo y erudito, sino quien ha sido formado profesionalmente no para investigar en la ciencia que sea y de la que se ocupan unos u otros libros determinados, sino para aplicar unas normas técnicas con formatos estandarizados y regularizados,

que facilitan su consulta en sistemas automatizados diferentes, así como su posible migración y traslado de un sistema a otro. Las experiencias, no infrecuentes, de intentos «caseros» a base de buena voluntad y de no pocas dosis de ingenio, acaban por no servir para nada y resultan económicamente gravosas. En el mundo de la biblioteconomía no se puede decir que todo esté inventado, porque cada día aparecen nuevas funcionalidades y desarrollos, pero sí creo que hay que decir que los procedimientos están claramente fijados y cualquier intento de ir por libre se paga muy caro. Por otro lado, para que la cooperación sea eficaz, tiene que darse entre profesionales que poseen una formación similar, entienden el mismo lenguaje y aplican las mismas normas. No hay que pensar que lo que propongo implica la creación de unas plantillas de personal que están muy lejos de las posibilidades que se pueden permitir bibliotecas pequeñas y con un presupuesto limitado. En la actualidad, hay abundantes posibilidades de subcontratación, que tienen grandes ventajas económicas y garantizan un adecuado tratamiento del fondo bibliográfico. La profesionalidad, por último, no debería limitarse a la realización de las tareas bibliotecarias de tipo técnico, sino que debe presidir, en primer lugar, la entera gestión del proyecto, desde su nivel más amplio y general, hasta el particular de cada una de las bibliotecas que participan en él. Buscar un adecuado asesoramiento externo es una medida de prudencia y buen juicio que ahorrará muchos costes y es la mejor garantía de un final feliz.

A estas alturas quizá el lector interesado haya encontrado una razón que echa por tierra la idea misma de este proyecto cooperativo en que consiste la red de Bibliotecas que estoy proponiendo. Esa razón se apoya en los problemas que plantea para la **seguridad** y en el consiguiente temor al expolio si se dan a conocer los



fondos de una biblioteca cuya seguridad es difícil de garantizar, o sólo se puede hacer a cambio de un coste inasumible. Pienso que la presunta seguridad de que goza una biblioteca cuyo fondo es desconocido se basa en circunstancias puramente contingentes. Se puede decir que es una seguridad sobrevenida y casi fortuita, que apenas cuenta con otras medidas que un temeroso cruzar los dedos para ahuyentar todo malintencionado deseo ajeno y una vieja y herrumbrosa llave que preserva –así se cree– los valiosos fondos. En esta actitud late el deseo de que todo siga como está, sin desempolvar los libros ni darlos a conocer. Me parece que lo más honrado es reconocer que poner a disposición de los usuarios el fondo bibliográfico implica una inversión en la seguridad del mismo. No se trata de esconder los libros para que no los roben, sino de darlos a conocer y poner al mismo tiempo los medios para evitar su expolio. De este modo, las diferentes instituciones se obligan a tomar unas medidas que quizá se deberían haber tomado hace tiempo. Hay también procedimientos para que la inversión en seguridad sea cooperativa y no implique una reiteración de medidas económicamente gravosas en cada una de las bibliotecas; por ejemplo, reuniendo los fondos en uno o varios depósitos comunes, dotados de las convenientes medidas de seguridad y de las condiciones adecuadas para su preservación. La consulta y difusión de los fondos se puede garantizar mediante su digitalización, con la ventaja añadida de que se evita así el deterioro provocado por su uso y consulta. El examen y preparación de una obra para su digitalización y su posterior preservación es también una buena ocasión para estudiar la necesidad de someterla a un proceso de restauración, que es una medida en no pocos casos urgente, que, debido al elevado coste que por lo general implica la restauración, se ha descuidado en muchas

bibliotecas más de lo que sería de desear, con el riesgo de que el daño llegue a ser irreparable. No paso por alto que una decisión como la de reunir fondos bibliográficos en depósitos comunes puede abrir turbulentos conflictos entre instituciones y organismos que quieren a toda costa conservar *in situ* lo que les pertenece y se resisten a cualquier traslado o cesión en depósito, aunque sea beneficioso para su seguridad y preservación. Es uno de esos casos en los que se advierten las dificultades de la cooperación y los problemas para un adecuado entendimiento entre las personas. Los responsables tendrán que sopesar las razones en pro y en contra, y tomar la decisión y llegar al acuerdo que consideren pertinente en cada caso.

Otra objeción que, con mucha probabilidad, habrá surgido a estas alturas de mi intervención es la idea de que quizá se trata de un proyecto interesante, pero de **financiación** complicada, cuando no económicamente inviable. No sería difícil excusarme de abordar este siempre problemático aspecto, amparándome en que es una cuestión que excede estrictamente el ámbito al que me limito y compete a otras instancias, situadas en otro nivel de decisión. Me parece, sin embargo, que no es oportuno que quienes organicen y desarrollen ese proyecto se consideren del todo ajenos a esta cuestión –que, por otro lado, es imprescindible para su efectiva realización–, aunque no se ocupen directamente de buscar y obtener los medios financieros necesarios. Sí pueden, y deben, proporcionar razones que lo hagan atractivo, poniendo de relieve el ambicioso alcance de sus objetivos y su moderado impacto económico, en comparación con los resultados que de él se esperan. La proporción entre el esfuerzo económico que requiere y los resultados que se persiguen es claramente favorable. Por otro lado, la diversidad de organismos e instituciones que participarían en él es otro



dato propicio, al ampliar considerablemente el número de contactos y relaciones, con el consiguiente aumento de posibilidades de que alguno de ellos conduzca a buen puerto. Para los responsables de su viabilidad económica, tiene especial importancia el hecho de que la mayor parte del coste se destina a la adquisición de la infraestructura adecuada o a la subcontratación de tareas para un periodo limitado de tiempo, sin que suponga un aumento de gastos en el capítulo de personal. Por otro lado, no hay que perder de vista las numerosas convocatorias y concursos públicos que subvencionan esas tareas. Además, el hecho de que haya un número grande de participantes en el proyecto hace que el reparto del coste sea más asequible y pueda ser asumido con mayor facilidad por todos. En cualquier caso, es claro que la obtención de medios económicos es condición imprescindible, pero no lo es menos que un proyecto atractivo, bien definido y presentado está en condiciones de obtener la necesaria financiación.

Para finalizar, quisiera insistir de nuevo en la cooperación, como instrumento decisivo para sacar adelante un proyecto de este tipo. Es claro que nadie se encuentra en condiciones de lograr aisladamente y por su cuenta lo que sólo con la colaboración de todos, y gracias a los medios técnicos con los que ahora se cuenta, puede conseguir. Es preciso sumar, no restar, y eso significa no solo no desentenderse, sino tratar de ponerse en la situación de los otros y de comprender y hacer propias sus necesidades, intereses y prioridades. Una empresa común no es la simple adición de las tareas particulares de los integrantes, sino algo nuevo, diferente, y ventajoso para todos, que exige una actitud flexible, abierta, desinteresada, proactiva, como ahora se suele decir, que no está a la defensiva, sino que se proyecta hacia el futuro y se alimenta de las cualidades y aportaciones de todos. Sólo así puede hacerse realidad una red de Bibliotecas como la que, de manera muy esquemática y necesariamente incompleta, he tratado de esbozar en sus líneas generales.